

A 30 años del Bogotazo:

Jorge Eliecer Gaitán

Ricardo Dessau

EN Colombia suele decirse que la única diferencia existente entre conservadores y liberales —las dos grandes formaciones políticas que se reparten el poder desde mediados del siglo pasado— consiste en que mientras unos van a misa a las 9, los otros lo hacen a las 10. A su modo, la ironía no deja de ajustarse a la realidad. En efecto: ambos partidos constituyen la representación política de una misma clase social —la de la aristocracia ligada a la gran propiedad territorial—, y sus diferencias, más que adecuarse a la realidad colombiana contemporánea, se remontan a un pasado típicamente precapitalista en que las líneas de escisión pasaban por cuestiones tales como las de centra-



lismo-federalismo, esclavismo-antiesclavismo, clericalismo-laicismo, o librecambio-proteccionismo.

Desde los albores del siglo XX, en que liberales y conservadores acuerdan poner fin al ciclo de sangrientas querellas y guerras civiles libradas a favor de uno u otro de esos términos irreconciliables, para abrir un período de legalidad e institucionalización, el significado de cada partido comienza a diluirse progresivamente en el significado del otro, hasta forzar una pérdida completa de identidad. Y esto hasta tal punto, que gran parte de la población colombiana —de mayoría campesina— difícilmente podría responder hoy, con exactitud, a la pregunta sobre las intenciones y la ideología definidas del grupo político al que se adscribe y por el que vota.

En la década de 1940, Jorge Eliécer Gaitán intentó remediar esta situación.

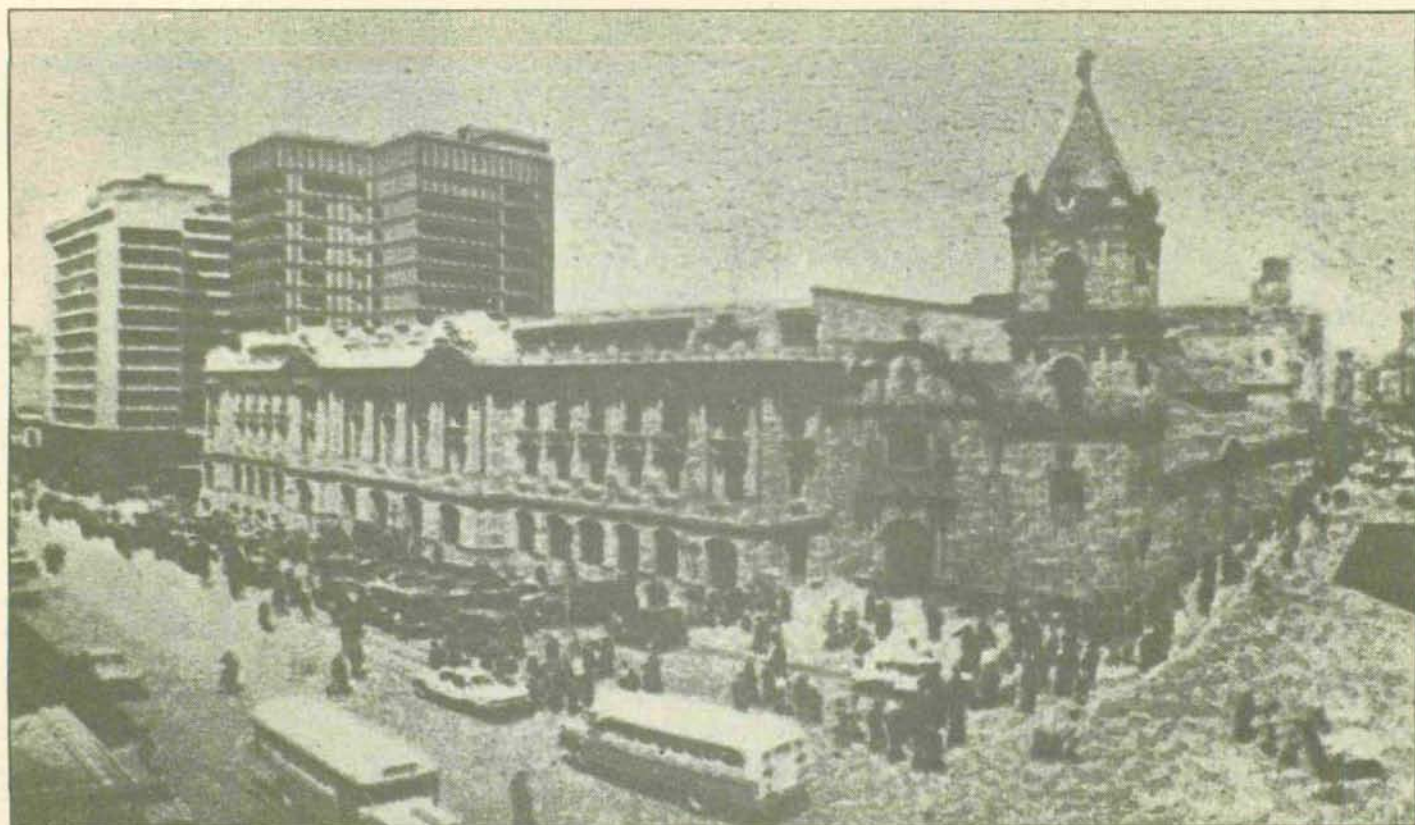
DESDE las filas del liberalismo se embarcó en la empresa de reemplazar la «dinámica pasional», hasta entonces el único elemento reconocible en la puja interpartidaria, por una «dinámica de clases» que racionalizara la vida política colombiana y que, al mismo tiempo, ofreciera una alternativa real a los sectores oprimidos de la sociedad. Para ello, merced a sus excepcionales condiciones para el liderazgo, se apoderó de la dirección nacional del partido Liberal, desde donde se dispuso a dar la batalla del pueblo **conservador** y **liberal** contra la aristocracia representada por ambas oligarquías partidarias. A punto de lograr sus objetivos, el 9 de abril de 1948 fue asesinado, desencadenándose a continuación —como amarga protesta ante su crimen— los tumultuosos hechos que la historia registraría con el nombre de **bogotazo**.

¿Por qué Gaitán, que se considera socialista y aun marxista, en 1924 se diploma de abogado con una extensa y meditada tesis sobre **Las ideas socialistas en Colombia**, y se empeña en militar dentro del partido Liberal, aspirando no sólo a imprimir un viraje en su línea política, sino, más todavía, a dotarlo de programas y objetivos socialistas? Lo que a primera vista aparece como un contrasentido histórico y político, se revela en su coherencia interna no bien se trae a primer plano la compleja relación —pasiva, no razonada, simbólica— existente entre las masas, especialmente campesinas, y los dos partidos tradicionales. En el campo colombiano, sometido en gran parte a estructuras arcaicas que datan del tiempo de la colonia, un campesino puede llegar a ser conservador, por ejemplo, en virtud del recuerdo de una anti-

gua acción de violencia cometida por otro adscrito al partido Liberal. O, a la inversa, se puede ser liberal —como de hecho lo son los negros de la costa— por la nebulosa memoria de que bajo un gobierno de ese partido fue abolida la esclavitud. Aunque la mayoría de las veces las masas rurales definirán su lealtad a uno u otro partido, según la dependencia real en que se encuentren con relación a un latifundista («señor»), o al **gamonal** o **cacique** encargado de controlar sus votos (1).

En un contexto semejante, privado de racionalidad y saturado de símbolos, debía aparecer como altamente ilusoria la creación de un tercer partido o «tercera fuerza» de alternativa al sistema bipartidista tradicional. Gaitán, por otra parte, ya había intentado este camino junto a sus compañeros de generación, liberales como él, en octubre de 1933. Su partido, la Unión Nacional Izquierdista Revolucionaria (UNIR), era el resultado del desencanto de aquellos jóvenes ante la política seguida por el liberalismo, instalado desde 1930 en el poder, tras cuarenta y cinco años de monopolio conservador. Con un programa marcadamente socialista, alrededor de 50.000 militantes, un periódico (**Unirismo**) y una decidida voluntad de acción que lo convirtió en víctima propiciatoria, junto a comunistas y sindicalistas, de la represión ordenada por el gobierno liberal, el nuevo partido, no obstante, estaba condenado a desaparecer. Desapareció, en efecto, en junio de 1935, y Gaitán fue absorbido nuevamente en el seno del liberalismo.

(1) Cfr. Garcés, Joan E., **Desarrollo político y desarrollo económico. Los casos de Chile y Colombia**, Madrid, Tecnos, 1972, p. 128. *Quiénes controlan los votos por el liberalismo, son gamonales; quienes lo hacen por el conservadurismo, caciques.*



En 1940, Bogotá tenía sólo 360.000 habitantes. Sin embargo, por esa época, un incesante flujo de campesinos expulsados por el latifundio ensanchaba gradualmente los límites de la ciudad. Ellos constituirían la principal base de apoyo al movimiento de Gaitán.

Pero ya entonces, el ex dirigente unirista estaba convencido de la necesidad de capturar todos los símbolos —el partido, Liberal o Conservador, el primero— para entablar la única comunicación posible y efectiva con las masas. Y cuando la logra, en el decisivo año 1946, en que se postula para la presidencia de la República por el liberalismo, sus enemigos dentro de la estructura partidaria reaccionan con preocupación. A quienes lo consultan, el ex presidente Alfonso López, caudillo natural de la oligarquía liberal, sugiere significativamente incitar a la multitud a dar tres vivas al partido Liberal al término de cada discurso del irresistible líder. López no se equivocaba: «se trataba de mantener bien vivo el símbolo liberal, que fue lo que finalmente sobrevivió tras la desaparición de Gaitán, pero con un significado otra vez dentro de la ortodoxia liberal» (2).

(2) *Garcés, op. cit.*

LA REVOLUCION DESDE EL LIBERALISMO

Se le ha recriminado a Gaitán que el camino liberal por él escogido estaba condenado al fracaso. Y que si el movimiento unirista de 1933 debía su frustración a un nacimiento prematuro, en cambio, las condiciones para la constitución de un partido auténticamente revolucionario, independiente de las dos opciones tradicionales, eran propicias en la década siguiente, cuando el partido Liberal había demostrado su impotencia para la resolución de la cuestión nacional y social.

Sin embargo, Gaitán no estaba de acuerdo. Para él, los míticos lazos de unión entre el campesinado, por una parte, y los partidos Liberal y Conservador, por otra, se hallaban tan sólidamente consolidados como en épocas anteriores, y procurar desanudarlos era tarea tan desesperada como la que, en su momento, había in-

tentado el unirismo. La solución no residía en disolver esos lazos, sino en reforzarlos, al menos en relación a una de las dos opciones tradicionales (en este caso el partido Liberal). Simultáneamente, debía iniciarse el desplazamiento de la oligarquía partidaria, la que finalmente sería reemplazada por una vanguardia adicta a la Revolución.

La situación en Colombia, a finales de la década del 30, parece justificar esta presunción. Sobre un total de poco más de ocho millones de habitantes, seis millones (70 por 100) eran campesinos analfabetos o semianalfabetos, sujetos a condiciones de servilismo o semiservilismo. Sus condiciones de vida subhumana se derivaban directamente de la secular estructura agraria, heredada de la colonia, en la que prevalecía la sagrada trinidad de la ley de concentración de la propiedad territorial, la ley de inmovilización territorial de los capitales, y la ley del desperdicio

económico de las mejores tierras.

En las condiciones de vida de los campesinos descritas por Gaitán, hubiera sido realmente difícil, si no imposible, encontrar la base para la construcción de una alternativa de poder al margen de las tradicionales: «Por lo que hace a los labriegos, sería una irrisión llamarlos siquiera ciudadanos; no lo son. La ignorancia en que se les tiene, los hace inconscientes de sus derechos. Hombres que desde las 4 de la mañana hasta las 6 de la tarde luchan en las más duras faenas. ¿Su alimento? El más miserable que pueda concebirse. Los cinco centavos, cuando más hasta treinta que se les paga, no les alcanza para comer. Las enfermedades los minan sin la menor ayuda científica. La dispersión en que se encuentran no les permita asociarse para su defensa. Sus mujeres son obligadas a iguales trabajos. Sus hijos son esclavos a quienes también toca trabajar, a pesar de su edad débil y su constitución naturalmente enfermi-za. Nadie, sin embargo, se acuerda de los labriegos, porque tanto se les oprime y en tal miseria se les mantiene, que ni siquiera son capaces de reclamar ni de comprender que hay derecho para ese reclamo» (3).

En cuanto a los dos millones y medio de personas restantes (30 por 100) que vivían en las ciudades, buena parte de ellas estaban absorbidas por el emergente sector industrial, que si bien en 1925 había participado del PNB con sólo un 10 por 100, entre 1937-39 vio aumentar su participación a un 13 por 100. De todas maneras, no podía esperarse para los próximos años un crecimiento sostenido y orgánico

(3) Gaitán, citado por García, Antonio, en *Gaitán y el problema de la revolución colombiana*, Bogotá, 1955.

de este sector, ya que la parte de los ingresos por exportaciones, de los flamantes empréstitos norteamericanos y de la indemnización de Panamá (1923) (4), que habían posibilitado la incipiente industrialización, tenían como contrapartida la otra parte de esas mismas divisas despilarradas alocadamente en el consumo inmediato, distra-yéndolas de la inversión. Por

(4) Estados Unidos pagó a Colombia 25 millones de dólares en tal concepto.

añadida, los obreros de las nuevas fábricas «conservaban el espíritu campesino o la psicología irreductible del artesano» (5), correlación necesaria de la debilidad congénita de la burguesía industrial.

Unificadas de tal modo las poblaciones urbana y rural en un solo haz de subdesarrollo, tanto material como espiritual, debían aparecer como inexistentes, a los ojos de Gai-

(5) García, Antonio, op. cit., pág. 272.



Gaitán en su época de estudiante. En 1924 se diplomaría con su tesis «Las ideas socialistas en Colombia», en la que sostiene que el programa del liberalismo debe ser dotado de objetivos socialistas. Dos años después viaja a Roma, donde permanece hasta 1928.



En 1929 Gaitán empieza a ocupar el centro de la atención pública, al presentar ante el Parlamento una investigación sobre la sangrienta represión de la huelga de los trabajadores bananeros de la United Fruit (1928). Ese año será elegido diputado por primera vez.

Su propia experiencia dentro del unirismo lo alertaba permanentemente contra la tentación. Esa experiencia había fortalecido en Gaitán la noción del elemento negativo de la impaciencia en el marco de la actividad política revolucionaria. Efectivamente, la primera causa de la rápida disolución del movimiento hay que buscarla en la pugna entre los militantes que aspiraban a su participación en los comicios legislativos de 1935, y los que se oponían a ella, fundándose en «la necesidad de una larga etapa de organización progresiva» (7). A este último grupo pertenecía Gaitán, quien, prefiriendo evitar un enfrentamiento prematuro con los partidos tradicionales, proclamó la abstención.

(7) *Garcés, op. cit., p. 145.*

tán, las bases sociales de apoyo requeridas para la organización de un partido que estuviera en condiciones de disputar seriamente el poder a las dos formaciones históricamente consagradas. Apresurarse, marchar un paso más adelante de los acontecimientos, era, sin duda, índice de **revolucionarismo**, pero no de revolución: «Somos revolucionarios, sí, y debemos serlo, pero lo que no somos es revolucionaristas. Es el gran pecado de los pueblos que tienen algo de latinos: disfrazar con la policromía de laca del revolucionarismo su espesa capa **conservadora**» (6).

(6) *Gaitán, citado por García en op. cit.*

Gaitán, rodeado de miembros de la directiva del liberalismo. El intento del líder de destronar a la oligarquía partidaria en su propio reducto, se vería enfrentado a sucesivos fracasos. El último fue su propio asesinato, en 1948, desencadenante del «bogotazo».



Un año antes, en 1934, el Manifiesto del unirismo, en el que se reconoce el pensamiento de Gaitán, parecía profetizar: «Esta ausencia natural de cristalización de las diversas fuerzas económico - sociales trae la necesidad de métodos, tácticas y adaptación correspondientes al cuadro objetivo sobre el cual va a actuarse, aun cuando otra cosa afirmen los que no tienen del marxismo sino un concepto estático y aun cuando pueriles ex-

tremistas miren todo este pensar con jactanciosa incredulidad. Estamos muy lejos del sarampión extremista sin reflexión y sin método de quienes piensan de la noche a la mañana convertirse al socialismo o al comunismo integral, expropiar toda la riqueza y decretar la abolición de las clases con la divertida facilidad con que se inflan pompas de jabón» (8).

(8 y 9) Gaitán, citado por Garcés en op. cit., pag. 144.



«Yo no soy un hombre, soy un pueblo», solía decir Gaitán. Y era verdad. Pocas veces en la historia de Iberoamérica se dio un caso de unidad tan profunda entre las masas y su líder. Ya en 1929 esas mismas masas le daban el justo título de «Tribuno del Pueblo».

Ya en su tesis de licenciatura de 1924, Gaitán había expuesto su aversión a todo intento apresurado de constituir un partido revolucionario sobre la base de un reducido grupo de «iluminados», aislado del pueblo y destinado, en militancia solitaria, a hacer la revolución: «Hay que destruir esas concepciones idolátricas que hacen creer que unos cuantos hombres privilegiados hacen su voluntad a despecho de las masas y de la historia y les dan el triunfo a las revoluciones y a los partidos... Nunca hemos pretendido ser más de lo que somos. No hemos usurpado jactanciosamente la posición de gentes que no se equivocan y que ofrecen la última fórmula de salvación» (9).

Sin embargo, la ausencia del partido revolucionario de masas no clausuraba en modo alguno el camino de la revolución. Su misión inmediata —que en las condiciones específicas colombianas consistía en la realización de la revolución agraria y la industrialización del país, como aspectos mutuamente complementarios de un proceso de desarrollo capitalista— debía recaer en una de las dos formaciones políticas prevaletentes, la liberal, previa decapitación de sus organismos de dirección. Para Gaitán, como para toda la joven generación que en la década del 20 había puesto sus esperanzas en la «resurrección» (10) del liberalismo, es-

(10) Al introducir, en relación con las clases populares, las nociones de equilibrio social, de justicia y protección, la convención nacional del liberalismo de 1922 parecía abrir un nuevo curso histórico, ya que incorporaba por primera vez la cuestión social en la doctrina de un partido asentado sobre las bases del liberalismo clásico. Véase al respecto: Areces, Nidia R.: «Gaitán», en *Historia de América en el siglo XX*, Buenos Aires, CEAL, 1972. Sin embargo, la teoría, como se veía al poco tiempo, distaba mucho de la realidad: «He ahí como se frustró, desde el primer día, la 'revolución liberal'. Ni revolución agraria, ni

taba claro que éste, a pesar de su virtual comunidad de intereses con el conservadurismo, encarnaba en abstracto y a título puramente nominal la unión con las tradiciones revolucionarias de las viejas burguesías europeas. En todo caso, era la única alternativa viable ante su rival tradicional, el partido Conservador.

revolución del crédito, ni revolución educacional. Ni revolución fiscal. Guerra (con Perú) y estado de sitio». (García, op. cit.).

Suena aquí el eco de lo que el joven graduado universitario había escrito también en 1924: «No es destrozando la corriente política que representa el partido avanzado o de oposición (el partido Liberal), como mejor se labora por el triunfo de los altos principios que guían hoy los anhelos reformadores de los pueblos; pensamos que es mejor luchar porque las fuerzas progresistas de Colombia inscriban en su rodela de batalla la lucha

integral por las ideas nuevas, por la salud del proletariado y por la reivindicación necesaria de los actuales siervos del capital».

LA OLIGARQUIA PARTIDARIA DERROTO A GAITÁN

Pero, naturalmente, veinte años después, «la lucha integral por las ideas nuevas» emprendida por Gaitán dentro del partido, debía suscitar fuertes resistencias en el seno de la directiva Liberal. Hija legítima de la aristocracia terrateniente que dominaba el país desde el día siguiente de la Independencia, «las oligarquías podían dar y ganar las batallas en su propio terreno, el de un partido que habían administrado largamente y que conocían en sus íntimos engranajes» (11).

Si estas oligarquías (liberales, pero también conservadoras) se podían permitir el lujo de aceptar la incorporación de tendencias disidentes, ello no obedecía a una particular vocación «democrática —por otra parte, inexistente—, sino al hecho históricamente observable de la **elasticidad**, o falta de articulación interna, imperante en ambos partidos tradicionales» (12).

Esta característica —que tiñe la historia colombiana de un flujo y reflujo de disidencias, posteriormente absorbidas o neutralizadas en el interior de las formaciones prevalecientes— se origina en el policentrismo económico heredado de la época colonial. Actuando como verdaderos centros paralelos de decisión política, una multiplicidad de regiones económicamente privilegiadas suelen desafiar a las direcciones partidarias, constitu-



Contra la oratoria efectiva de Gaitán, se trataba de mantener bien vivos los símbolos liberales. Por ello, la oligarquía partidaria aconsejaba que se incitara a la multitud a dar tres vivas al Partido Liberal, al término de cada vibrante discurso del líder.

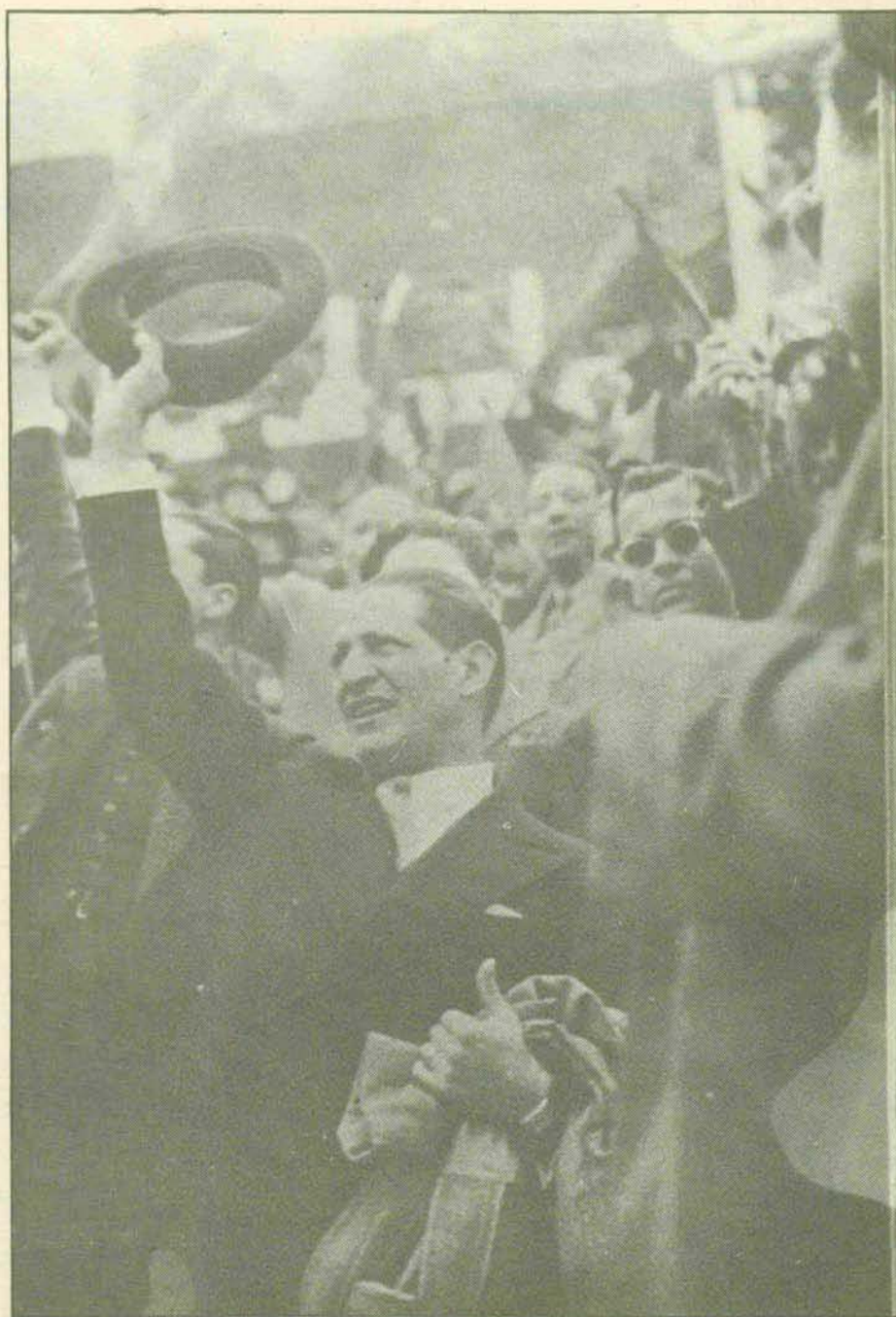
(11) *García, op. cit.*

(12) *Cfr. Garcés, op. cit., especialmente págs. 135-6.*

yendo corrientes, fracciones y hasta presentando sus propias listas de candidatos en las elecciones legislativas. Si la disidencia trasciende el orden puramente local, se constituye en fenómeno partidario de más o menos breve duración. Este rasgo peculiar de la política colombiana permitió, en el caso del unirismo (por no citar más que un ejemplo entre los muchos disponibles), que la mayoría de sus militantes de origen liberal volvieran a este partido después de su disolución.

En 1945 Gaitán es un destacado dirigente partidario, y la oligarquía está dispuesta a ofrecer enconada resistencia ante una disidencia que, por primera vez, no se presenta como meramente formal y asimilable en el contexto de intereses de la clase dominante. Aunque esa oligarquía iba a «dar la batalla en su propio terreno», desconfiaba cada vez más de su capacidad para controlar al líder multitudinario, eje de una creciente simpatía popular. El método a emplear para detener su irresistible marcha no podía limitarse a aquél de naturaleza sutil que, por esa misma época, había aconsejado el ex presidente López: el reforzamiento de los símbolos liberales. No obstante, este recurso, en términos generales, conservaba su validez, y es indicativo de «los íntimos engranajes» que la oligarquía estaba dispuesta a poner en marcha para evitar su extinción.

En las especiales circunstancias que vivía el país —inminencia de las elecciones presidenciales, tras dieciséis años de usufructo liberal del poder—, se imponía una metodología más precisa. En efecto, era a todas luces inadmisiblemente que Gaitán —que aspiraba a ser nominado candidato en la Convención Nacional del partido— llegase a ser elegido



Desde 1944, en que Gaitán decide lanzarse a la lucha por la presidencia de la República, la unión del pueblo liberal y conservador empieza a tomar formas cada vez más concretas y también más peligrosas para la subsistencia de las dos oligarquías partidarias.

presidente de la República. A tal punto la oligarquía contemplaba con preocupación esta posibilidad, que ya desde 1944, faltando un año para las elecciones y apenas el líder anuncia su intención de presentarse a la pugna electoral, comienza a barajar una serie de nombres que puedan competir con Gaitán en popularidad. Simultáneamente, se dispone a cerrarle el paso en la Convención Nacional. En este organismo decisivo, la

suerte del jefe de la izquierda liberal está echada. Como señala un diario de la época: «...aparte hay un candidato independiente, el doctor Jorge Eliecer Gaitán, uno de los más famosos criminalistas de Colombia, ex ministro de Educación y ex alcalde de Bogotá. No obstante, él mismo admite que existen pocas probabilidades de que su nombre figure entre los candidatos para el debate final en las próximas elecciones. Por otra parte, en



«Si avanzo, seguidme; si retrocedo, empujadme; si muero, vengadme». Esta consigna de Gaitán habria de ser acogida efectivamente por las masas, que, a su asesinato, se lanzaron a las calles de Bogotá, dando rienda suelta a su impotencia y su frustración.

sus más recientes discursos ha expresado que será candidato a la presidencia, con la Convención o sin ella» (13). De manera que Gaitán, valiéndose de los mecanismos de elasticidad tradicionales, reúne una Convención paralela que, al nombrarlo candidato, lo enfrenta con Gabriel Turbay, el aspirante a la pre-

sidencia designado por la Convención oficial.

Con esta doble candidatura, la mayoría de votos de la que seguramente se iba a beneficiar el liberalismo como tal, sería desarticulada en beneficio del candidato conservador. Pero, en el fondo, esto era lo que la oligarquía liberal deseaba. Enemiga de la candidatura de Gaitán, apenas lo era menos de la que se había visto obligada a aceptar como alternativa, puesto que Turbay era un

antiguo comunista vuelto al redil liberal. Conservadores y liberales se daban la mano: «Laureano Gómez (caudillo conservador) estimuló tácticamente la candidatura presidencial de Gaitán, a sabiendas de que las oligarquías liberales no transigirían con ella ni se entusiasmarían con la candidatura de Turbay, de quien no olvidaban la procedencia social ni el pasado revolucionario. Lo que luego ocurrió autoriza a pensar que el fuerte de las oligarquías liberales, cansadas de demandas obreras y de agitación social, deseaba más un gobierno conservador que la presidencia en manos de Gaitán o Turbay» (14).

Fue así como el 5 de mayo de 1946 la oligarquía liberal entregó gustosa el gobierno a sus pares del partido Conservador. Ella misma votó por su enemigo tradicional, mientras el resto del aparato oficial del liberalismo, con el apoyo del comunismo, lo hacía por Turbay. Alrededor de Gaitán, en tanto, se agrupaba el pueblo descontento, liberal y conservador.

La derrota del líder revolucionario puso por primera vez en entredicho, de manera explícita, sus ideas acerca de la posibilidad de vencer a la oligarquía liberal en su propio reducto. Puesta en funcionamiento, la máquina que ésta «había administrado largamente» se revelaba eficaz y quizás omnipotente. En última instancia, si la pertenencia al liberalismo posibilitaba la ligazón con las masas, no era tan seguro que el apoyo de esas mismas masas garantizara el aniquilamiento de sus órganos de dirección. Pero una y otra cosa eran necesarias para la apertura de una etapa revolucionaria.

Sin embargo, un año más tar-

(13) *Diario La Prensa*, Buenos Aires, 4 de junio de 1945. Citado por Areces, *Nidia*, op. cit., pág. 300.

(14) *García*, op. cit., pág. 311.

de, la máquina partidaria daría aún muestras de afinamiento Gaitán, que tras la victoria liberal en las elecciones legislativas de marzo de 1947, había logrado que la nueva Junta de Parlamentarios lo designara Jefe Único del partido, írsentó, inmediatamente después de su nombramiento, un proyecto destinado a introducir hondas reformas en la estancada estructura económica del país. Se trataba, en lo esencial, de imprimir una nueva dirección al

crédito, canalizándolo hacia la industrialización; de modificar la política arancelaria, distribuyendo los beneficios de la protección entre las industrias teóricamente beneficiadas por el proteccionismo; y, finalmente, de instaurar un órgano de planeamiento del Estado, que reemplazara a los inocuos organismos de intervención estatal creados durante el gobierno liberal precedente.

Sometido a discusión, el proyecto recibió el veto no sólo de

los conservadores, sino también, significativamente, de las propias mayorías parlamentarias del partido Liberal. Además, el rechazo era tanto más grave cuanto que la iniciativa legislativa provenía de la máxima figura de conducción partidaria, y arrojaba nueva luz sobre las dificultades de la hipótesis de Gaitán de dominar el aparato del partido desde su interior.

Estimulado por el aislamiento del líder dentro de la propia estructura partidaria, el go-



Así como Gaitán sabía dirigirse al pueblo con su misma voz, también podía hablar de igual a igual a la élite que controlaba el aparato del Partido Liberal. En el fondo, sin embargo, esta misma élite le temía tanto como lo despreciaba.

bierno conservador —otra vez en el poder desde 1946— se permitió a su vez injuriarlo, al negarse a cursarle una invitación oficial para asistir a la sesión inaugural de la IX Conferencia Panamericana, que debía celebrarse en la capital a principios de abril de 1948. En la historia de Colombia, Gaitán debía ser, probablemente, el primer y único dirigente político al que se le impedía el acceso a una deliberación internacional.

En verdad, la creciente hostilidad de ambas oligarquías, era un símbolo y una premonición: pocos días después, mientras esa reunión tenía lugar, el jefe popular era asesinado en las calles de Bogotá.

LA UNION DEL PUEBLO CONSERVADOR Y LIBERAL

Gaitán se había planteado no sólo tomar por asalto la fortaleza liberal, sino, además, unir bajo su jefatura a lo que hasta entonces había sido la «clientela» electoral de los dos partidos tradicionales: la masa conservadora y liberal. Pero esta unión la debía efectuar el líder desde el liberalismo, circunstancia que, justificadamente, planteaba una interrogante: ¿hasta qué punto la tradición de enconada puja política, arraigada en símbolos y pasiones, permitiría reunir al pueblo bajo una sola bandera partidaria? Se podía pensar, en efecto, que mientras la convocatoria partiese de una de las dos opciones establecidas, la unión de las masas era irrealizable.

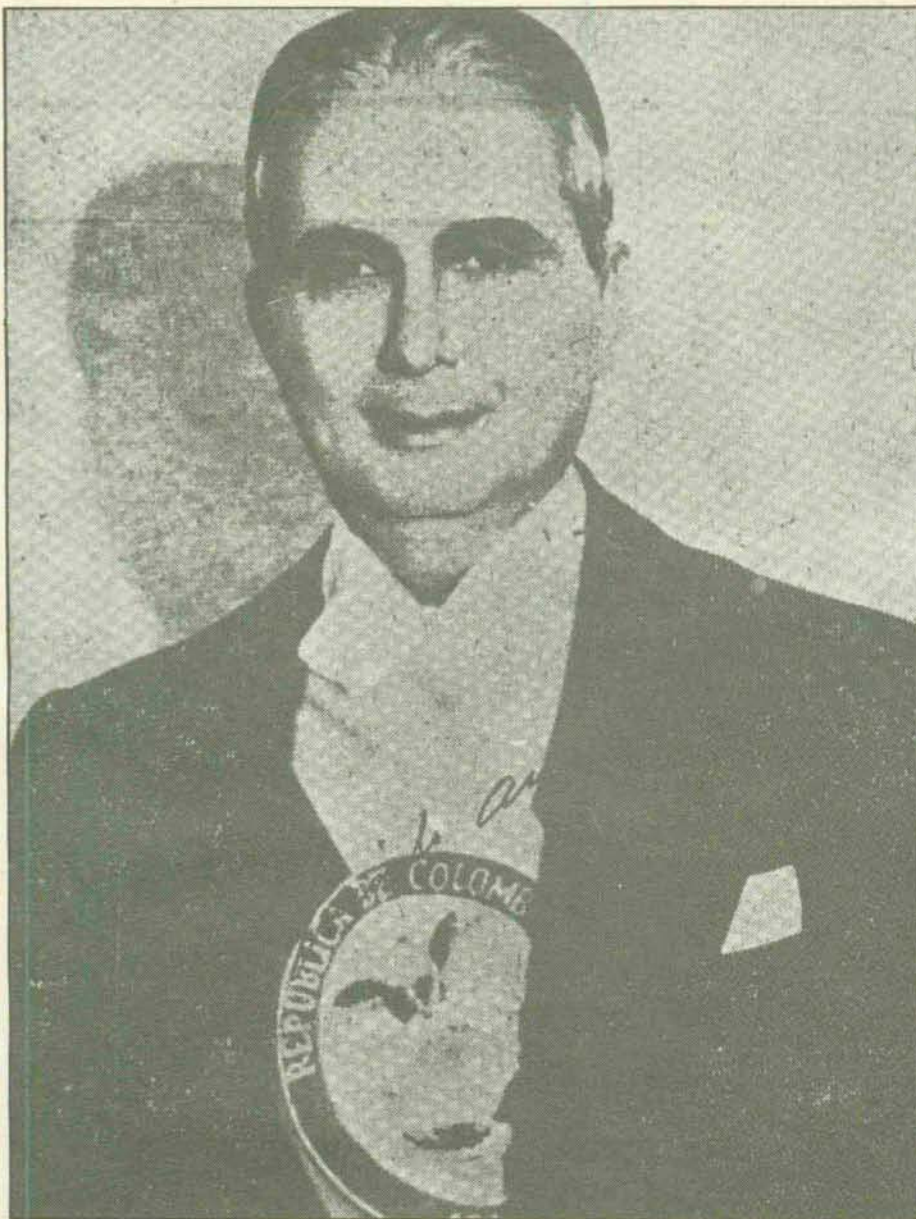
Sin embargo, a mediados de los años 40, quizás por primera vez en toda la historia colombiana, estaban dadas las condiciones para la confluencia de las capas populares —sin diferencia de bande-

rías— en un movimiento revolucionario. El país se encontraba sumido en una profunda crisis, que no era otra que la crisis del modelo agroexportador impuesto por la clase dominante desde los albores mismos de la Independencia. Mientras la guerra europea había supuesto una enorme afluencia de divisas en concepto de exportaciones, toda la imaginación del último gobierno liberal y del gobierno conservador que lo siguió, se

había limitado a aplicar esos recursos al pago de importaciones de lujo, con lo que el Tesoro, en el periodo 1947-48, volvió a registrar un elevado déficit. Las condiciones excepcionales creadas por la contienda mundial —una economía de guerra, con la consiguiente multiplicación de los órganos de intervención estatal en la vida económica— sólo sirvieron para que los grupos dominantes transformaran esos órganos en ins-



Gaitán era el símbolo de un futuro radicalmente nuevo para las desamparadas masas campesinas. Por primera vez en poco más de un siglo de historia republicana, Colombia veía asomar una alternativa real al sistema de dominio tradicional.



Mariano Ospina Pérez, presidente de Colombia por el conservadurismo durante el período 1946-50. En el «bogotazo», se mantuvo fusil en mano, defendido por el cuerpo de guardia y algunos otros efectivos que no dejaban de disparar contra la multitud.

trumentos de alimentación del privilegio: a partir de ellos se obtenían cupos y licencias para un mayor y más rápido enriquecimiento. Sin embargo, a nadie se le había ocurrido utilizar aquellas divisas y estos órganos de intervención en un medio concertado para planificar el desarrollo económico y la industrialización del país.

A lo sumo, el producto del comercio de exportación, añadido a los empréstitos norteamericanos de las dos décadas anteriores, había sido empleado para la financiación de costosas obras públicas, cuya

consecuencia visible fue la migración masiva de los trabajadores del campo a la ciudad, en busca de más humanas condiciones de vida. El éxodo, por su parte, no hizo más que aumentar la escasez de alimentos crónica de las áreas rurales colombianas, determinando al mismo tiempo, la sobresaturación de las zonas urbanas, en las que pronto empezó a cundir el paro y la desesperación.

En tanto, la frustración de una posibilidad histórica hacía crecer el resentimiento en las menguadas capas medias de las ciudades, sobre todo entre

la juventud. Los jóvenes, especialmente, volvían los ojos hacia el pasado común, buscando las causas del descalabro de la nación en la Revolución del siglo anterior y la subsiguiente Independencia. Postulaban un regreso a la Colonia y se denominaban a sí mismos militantes de la Contrarrevolución. No entendían que la clase terrateniente (liberal y conservadora) responsables de la destrucción del país, era la misma que se había beneficiado de la situación colonial, caracterizándose, antes y después, por el mismo parasitismo, por la misma voracidad. Sus privilegios provenían, justamente, del mantenimiento de una estructura que se había transmitido intacta de una a otra sociedad. Esta clase terrateniente había nacido, bajo el dominio de España, con la mirada clavada en el mercado exterior. Y la mantuvo en el mismo sitio tras el advenimiento de la República. Su desvinculación del mercado interno, su desconexión del país como totalidad, había determinado no sólo la postración económica de la nación, sino también su fragmentación territorial: primero se perdieron Venezuela y Ecuador; más tarde, en 1903, la provincia de Panamá. Tras el federalismo doctrinario de Santander, el prócer liberal, se escondía, en realidad, el particularismo feudal.

Sin embargo, la juventud, especialmente la conservadora, no lo entendía así, y prestaba oídos a la prédica abiertamente fascista de Laureano Gómez, el caudillo del partido Conservador que, durante la guerra, había cambiado la lectura de Gandhi por la de Maurras. Como en las elecciones de 1946, Gómez, tácticamente, dio su apoyo a la candidatura de Gaitán (con el ánimo de favorecer una división libe-



Laureano Gómez, caudillo conservador y futuro presidente de la República (en la foto, a la izquierda, junto a Ospina Pérez), iba a estimular la candidatura de Gaitán en las elecciones de mayo de 1946, con fines puramente tácticos. Su arma fue de doble filo.

ral), muchos de sus seguidores, confundiendo las palabras con la realidad, se acercaron al líder, en una actitud que a la larga operaría en algunos de ellos una conversión radical.

La táctica del dirigente conservador no hizo más que precipitar —en pequeña escala— un realineamiento que ya se perfilaba en el seno de la sociedad. Por primera vez en la historia del país, las masas abandonaban su apego a los símbolos tradicionales y, más allá de las denominaciones, se aglutinaban en torno de la figura de Gaitán. El líder era ahora el símbolo prevalecien-

te, el símbolo de un futuro mejor. El unificaba a los campesinos —sobre todo a los que habían emigrado del campo a la ciudad—, a los obreros, a los intelectuales, a los estudiantes, en un vasto movimiento nacional. Incluso incorporaba a esa derecha «nacionalista», de filiación política conservadora, que aspiraba a sacar a Colombia de su condición de nación históricamente rezagada, aunque planteando la liberación en los términos de los agresivos nacionalismos europeos, derrotados y humillados en la guerra que acababa de terminar.

Sería esta incorporación

—pero no sólo ella— la que inducirá al partido Comunista colombiano a agudizar su oposición a Gaitán. Ella le valdría el calificativo de «fascista», un término con el que ciertas «izquierdas» hispano-americanas suelen anatemiizar a los jefes de los movimientos de masas que intentan sacudir el poder de las clases dominantes vernáculas, aliadas al gran capital internacional.

Gaitán, además, era «fascista», porque había logrado reunir tras sus banderas a parte de las masas tradicionalmente conservadoras. Esta adhesión debía cuestionar los

esquemas comunistas acerca del carácter «democrático» y «progresista» del partido Liberal (o, más bien, de su oligarquía dirigente). En virtud de esos títulos, el partido Comunista había colaborado incondicionalmente con el gobierno de «Frente Popular» del liberal Alfonso López (1934-38) y con su segundo turno de gobierno, iniciado en 1942. Durante esta época —en la que la Unión Soviética se batía frente a la Alemania hitlerista—, los comunistas colombianos, como los de la mayor parte de los países latinoamericanos, plantearon la defensa abstracta del régimen «democrático», contra todo intento de subvertir el orden tradicional. Y desde la CTC (la

central obrera liberal, fundada en 1936) llevaron adelante una política de contención social, amparada en la necesidad de presentar un frente unido que respaldase la lucha antifascista de las naciones aliadas.

LA LINEA DE DIVISION

Si para los comunistas Gaitán era «fascista», para la oligarquía conservadora era un «demagogo» capaz de movilizar cualquier recurso con tal de que éste le diera el poder. Y la propia oligarquía liberal demostraba alternativamente su temor y su desprecio hacia el líder popular, llamándolo en las reuniones íntimas o en

los corrillos políticos, «El Lobo» o «El Badulaque».

Sin embargo, para el pueblo, Gaitán era la palabra. Su propia palabra, que le empezaba a ser restituida después de un largo proceso en el que la clase aristocrática, primero colonial, después republicana, se la había confiscado, igual que los bienes de la tierra que producía. Gaitán lo sabía. Confía en el poder de las palabras para llegar al alma de las masas, donde sus propias palabras yacían dormidas por siglos de opresión. «Mientras no logremos el estado de alma revolucionaria —decía—, todo será imposible. Queremos que la masa sienta esa necesidad, se coloque en estado



Gaitán, durante una reunión amistosa. El líder era accesible a todos los requerimientos. Tres horas después de su asesinato debía haber concedido una entrevista al estudiante Fidel Castro, a la sazón en Bogotá junto a una delegación de jóvenes cubanos.

de alma para la *reacción* contra lo existente».

Como auténtico jefe revolucionario, sus palabras estaban hechas del mismo barro del que los «señores» se habían servido para moldear el embrutecimiento del campesinado, y no de las finas hebras de oro con que las élites ilustradas se seducían mutuamente en los cultos salones bogotanos. «No tenía su palabra —acierta uno de sus detractores— la elegante finura intelectual, la corrección aris-

tocrática, el noble señorío de los mejores oradores colombianos; tampoco poseía la brillante precisión de vocablo y la rica y armoniosa sonoridad de conceptos que ilustraron siempre la tribuna política de Colombia. Pero poseía en grado supremo, como no lo ha poseído ninguno de sus compatriotas, el don de identificarse con el alma popular, con sus anhelos y aspiraciones, y nadie supo como él remover, exasperar e interpretar las pasiones de las multitudes y tra-

ducirlas a la forma viva del pensamiento y la palabra» (15).

Así como Gaitán no creía en la acción revolucionaria sin el respaldo de las masas, tampoco creía en la capacidad de las palabras y de las ideas sin la fuerza de la pasión. En última instancia, las ideas, si algo significaban, tendían a

(15) *Fernández de Soto, Mario: Una revolución en Colombia. Jorge Elécer Gaitán y Mariano Ospina Pérez, Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica, 1951, págs. 92-93.*



Alfonso López, jefe natural de la oligarquía liberal, y presidente de la República durante dos periodos (1934-38 42-45). En su primer mandato nombró a Gaitán alcalde de Bogotá, pero poco después, temeroso de su ascenso entre las masas, lo destituyó.

buscar su síntesis con la multitud: «Yo no puedo aceptar el postulado que ha invadido las mentes, aun de las generaciones nuevas, de acuerdo con el cual las hondas pasiones, el amor fervoroso a los ideales, convierten al hombre en ser insustancial y romántico, afirmando que solamente es de recibo la idea fría, estratificada, que no lucha, que no se enciende, que no se entrega al combate generoso. Porque jamás los adelantos de la civilización, ni el progreso de la cultura cuajaron en enjambre ideológico sin el respaldo del fervor de las multitudes. Las conquistas de libertad y de justicia no fueron posibles nunca, sino cuando estuvieron respaldadas con llamaradas de pasión, cuando incendiaron el espíritu y se produjo la alquimia transformadora utilizando el igneo crisol de la emoción colectiva. Todo lo que la humanidad ha rescatado como justo y bueno se elaboró en la retorta de las ideas licuadas por el fuego de la emoción pasional» (16).

En ese «incendio del espíritu» que la imagen y la prédica subyugante del líder provocaban, las masas, divididas artificialmente en liberales y conservadoras por los intereses de sus dominadores, empezaban a recorrer el camino de su unificación, poniendo en peligro las bases mismas de sustentación del régimen. Esa división secular había rebrotado con características peculiares a comienzos de los años 30, cuando a los liberales les tocó ocupar el poder, después de casi medio siglo de marginamiento. Era usual en Colombia que los cambios de gobierno vinieran acompañados por una ola de violencia impulsada por quienes llegaban



(16) Gaitán, en *Los mejores discursos de Gaitán*, Bogotá, Jorvi, 1968 (segunda edición).

Como a la mayoría de los políticos que en Iberoamérica logran arrastrar a las masas, a Gaitán también se le acusó de «fascista». Incluso se dijo que, durante su estancia en Roma, tomó como modelo a Mussolini, imitando sus gestos y las modulaciones de su voz.



El instrumento de la palabra fue para Gaitán la razón de sus triunfos multitudinarios. Sus discursos duraban tres o más horas, y el pueblo los seguía atentamente en la plaza pública, o bien a través de la radio, en aldeas, casas, tiendas y patios de barriada.

a él y resistida por quienes lo abandonaban. Pero en 1930, bajo el impacto de la crisis mundial que sacaba al país de su aislamiento y lo incorporaba repentinamente a las vicisitudes de la economía mundial, la violencia debía revestirse de formas nuevas y generar consecuencias mucho más funestas. A partir de esa fecha arranca lo que en Colombia se conoce como el **ciclo de la violencia**, caracterizado por el sangriento enfrentamiento entre campesinos per-

tenecientes a una y otra de las facciones políticas dominantes.

Pero es en 1946 —con la vuelta de los conservadores al gobierno— cuando el fenómeno de la violencia adquiere sus rasgos más virulentos. Mientras «el gobierno de Unión Nacional (del conservador Ospina Pérez) neutralizaba a las oligarquías liberales y les hacía concebir la ilusión de que ni la violencia tenía nada que ver con ellas, ni iría más allá de los límites razonables

de todo cambio de régimen» (17), el campo colombiano era «dividido por una raya de sangre» a la que no era ajena la acción de la Policía y el Ejército, cuyos efectivos se movilizaban contra los campesinos del bando liberal, cumpliendo órdenes directas de los funcionarios gubernamentales.

La violencia conservadora, esta vez, tenía objetivos diferentes a los meramente «vin-

(17) *García, op. cit.*

dicativos». Se trataba, en primer lugar, de frenar el meteórico ascenso del partido Liberal (tanto más peligroso cuanto que era acaudillado por Gaitán), victorioso en las elecciones legislativas de marzo de 1947 y, luego, en las municipales de octubre del mismo año. Era previsible, de acuerdo con esas tendencias, el triunfo del líder en las elecciones presidenciales de 1950. Pero, sobre todo, lo que la violencia quería impedir era la confluencia **revolucionaria** del pueblo liberal y conservador en un movimiento nacional y social que amenazaba a ambas oligarquías partidarias. En este sentido, eran sinceros los esfuerzos del gobierno conservador para convencer a la oligarquía liberal de que «la violencia nada tenía que ver con ella»: tenía que ver, efectivamente, con los campesinos de uno y otro bando, desde el momento en que se trataba, sobre todo, de aniquilar su embrionaria

unión, gestada a través de la acción de Gaitán.

Dirigida por el propio gobierno conservador, protagonizada por los campesinos adscrito a cada uno de los grandes partidos, que se mataban mutuamente con igual encarnizamiento, y consentida subrepticamente por la oligarquía liberal, la violencia tendía a trazar una línea paralela de **división** a la línea de **convergencia** esbozada por el líder revolucionario. A su muerte, esta línea desaparecerá definitivamente. Los tumultuosos sucesos que a continuación tendrán lugar en Bogotá, serán el prólogo de un período de diez años que desangrarán a Colombia y que la devolverán al seguro antagonismo del sistema político tradicional.

EL «BOGOTAZO» Y LA INTENSIFICACION DEL CICLO DE LA VIOLENCIA

El 9 de abril de 1948, Gaitán es asesinado en la calle Real, que

va desde la catedral a la plaza de Santander, en pleno corazón de Bogotá. Como respuesta al crimen, las masas se lanzan a la calle, tomando prácticamente la ciudad. «Durante varios días, Bogotá y la mayor parte del país está en manos de las enfurecidas masas populares. Más de cien juntas populares surgen espontáneamente en toda Colombia. La Policía Nacional, de base gaitanista, se incorpora a la revuelta. El Ejército es casi impotente» (18). Sin embargo, el movimiento, espontáneo, anárquico, descentralizado, no acierta a darse objetivos, ni a agrupar coherentemente a la multitud, y se frustra como lo que pudo haber sido: una revolución (19).

(18) *Garcés, op. cit., pág. 218*

(19) «Pronto me di cuenta que aquello que estaba desarrollándose no conducía a nada. Las vidrieras de los establecimientos comenzaban a ser destruidas; no se sabía cómo se iba a encauzar todo aquello, pero era evidente que una insurrección popular estaba en marcha». *Testimonio de Fidel Castro, en Franqui,*



El 7 de febrero de 1948, Gaitán presidió la más impresionante concentración popular que se recuerda en Colombia, y pronunció la Oración por la Paz (contra la violencia conservadora) ante una multitud silenciosa. Fue su última aparición pública.

«Decretóse la ley marcial, a fin de apresurar el restablecimiento de la normalidad. A

Carlos: Diario de la Revolución Cubana, Barcelona, Edic. R. Torres, 1976, pág. 22. Por aquella época, el futuro líder revolucionario había viajado a Bogotá, junto a otros jóvenes cubanos, para asistir a un Congreso Latinoamericano de Estudiantes que paralelamente a la Conferencia Panamericana, debía reunirse «con mucho más legítimo derecho a nombre de los verdaderos pueblos». La oportunidad fue aprovechada por la reacción colombiana para acusar a los cubanos de haber instigado al «bogotazo» e incluso de haber sido los autores del asesinato de Gaitán !!

pesar de esa severa medida, durante todo el día continuaron los disturbios y el fuego esporádico de los francotiradores... El presidente Ospina Pérez repitió su acusación de que los comunistas instigaron el levantamiento. El Comité Nacional del partido Conservador atribuyó el levantamiento a agitadores profesionales a las órdenes de Moscú... El Comité Nacional del partido Liberal instó por radio a sus miembros para que apoyen a Ospina Pérez y a que

cooperen a la restauración del orden... Iglesias incendiadas..., escasez de alimentos... Los observadores liberales consideran que la reforma del gabinete, en la que los ministerios de Gobierno, Justicia y Guerra fueron entregados a los liberales, eliminando a los conservadores Laureano Gómez y José Antonio Montalvo en las carteras de Relaciones Exteriores y Justicia, respectivamente, constituye la mejor solución temporal al grave problema creado por el asesi-



Durante el «bogotazo» no sólo los gaitanistas se volcaron a las calles, sino también los marginados, los obreros, los campesinos llegados a la ciudad, los intelectuales sin ubicación, todos aquellos que no tenían cabida en el sistema oligárquico. Hubo 5.000 muertos.



Gaitán agoniza tras el atentado que le costaría la vida. Como el desfile hasta el cementerio hubiera podido dar lugar a nuevos estallidos, el gobierno decidió enterrar el cadáver del jefe revolucionario en su propia residencia, convirtiéndola en monumento nacional.

nato de J. E. Gaitán...» (20). Era, en efecto, la mejor solución para detener la revolución. Los liberales corrían apresurados a defender al gobierno conservador. Con la desaparición de Gaitán, la dirección tradicional «reasume el papel de portavoz del partido, y el mismo día 9 cruza entre las balas para entrar en el Palacio Presidencial y negociar con el presidente conservador M. Ospina Pérez el restablecimiento del orden» (21). «Así se mantuvo el gobierno el 9 de abril: no con sus propias fuerzas, sino con las fuerzas prestadas por la colaboración de los mandos liberales. El régimen bipartidista se dedicó a zonificar el país en departamentos liberales y conservadores, como en un armisticio. Detenía los levantamientos, pero no evitaba la existencia

de una paz armada. De todas maneras, el liberalismo no podía hacer sino dos políticas: la de colaboración —en el régimen de Unión Nacional hasta sus últimas consecuencias— o la de revolución, a través de la insurrección armada o la guerra civil» (22). Los dirigentes liberales hicieron, por supuesto, la política de la colaboración. Mientras tanto, el pueblo liberal y conservador, abandonado por sus dirigentes y frustrado en sus esperanzas de transformación social, volvía a internarse en el camino de la violencia: «La mayoría del pueblo había favorecido el cambio de dichas instituciones sociales cuando todavía vivía Gaitán. Se había alejado de la herencia tradicional: se estaba construyendo una nueva nación. Sin embargo, una vez desaparecido el líder carismático, con las esperanzas y las expectativas frustra-

das, aquellas energías acumuladas se perdieron, dejando una estela de destrucción. La lucha contemporánea de Colombia aparece así como un escape momentáneo, y en parte inconveniente, por la revolución social frustrada en 1948 a causa del asesinato de Gaitán. A pesar de los esfuerzos realizados por racionalizar y organizar la revuelta, dicha lucha se convirtió en una expresión confusa de conflictos predominantemente personales. Un arma irracional de la política distorsionada... La revolución se frustró a pesar del estímulo de grupos externos, por el uso y abuso y, finalmente, por la forma rutinaria de apelar a la fuerza bruta... Sin embargo, los problemas socioeconómicos latentes que habían resquebrajado la estructura tradicional, pronto surgieron con gran fuerza aun cuando en formas extraviadas y anormales» (23). Y «el acento de rebe-

(20) *Diario La Prensa*, Buenos Aires, 12 de abril de 1948, citado por Areces, Nidia R., en op. cit.

(21) *Garcés*, op. cit., pág. 218.

(22) *García*, op. cit., pág. 319.



El asesinato de Gaitán provocó la furiosa reacción del pueblo. Desde la media tarde y durante toda la noche del 9 de abril, el centro de Bogotá fue prácticamente destruido. Los edificios fueron arrasados, incendiados y saqueados. La Policía Nacional, gaitanista, no actuó.

lión social se imprimía hasta en las coplas que cantaban las bandas:

**«Yo soy campesino puro
Y no empecé la pelea
Pero si me buscan ruido
La bailan con la más fea»** (24).

En este contexto, la década siguiente al asesinato de Gaitán debía contemplar necesariamente el nacimiento de la guerrilla campesina. En una primera etapa, la mayoría de los guerrilleros, agrupados en bandas dirigidas por jefes

(23) Fals Borda, Orlando: «La violencia y el rompimiento de la tradición en Colombia», en Véliz, Claudio (compilador): *Obstáculos para la transformación de América latina*, México, F.C.E., 1969.

(24) Cfr. Galeano, Eduardo: *Las venas abiertas de América latina*, La Habana, Casa de las Américas, 1971.

campesinos con nombres tan sugerentes como **Capitán Peligro, Desquite, Charro Negro**, se declararon liberales y lucharon contra la represión sangrienta ordenada por el gobierno conservador de Laureano Gómez, que había sucedido al de Ospina Pérez. «Las guerrillas, sin un objetivo central, se extienden por todo el país y, en parte, degeneran en bandolerismo puro, cometándose exacciones no sólo contra los terratenientes, sino contra los campesinos indefensos» (25). Posteriormente, aparecieron las guerrillas de «El Llano», que, como otras que siguieron su ejemplo, canalizaron la violencia políticamente, dándole la forma de

(25) Areces, Nidia R., *op. cit.*

lucha de clases. El movimiento revolucionario de los llanos orientales se constituiría, finalmente, en un verdadero Estado dentro del Estado, con instituciones y leyes propias de naturaleza socialista.

Generadora de unos resultados tan poco deseables, y de unos crímenes que sobrepasaban en exceso los límites de una táctica disociadora, la política de Laureano Gómez provocó una poderosa reacción en un sector del propio partido Conservador y en la totalidad del partido Liberal. Aliados, ambos grupos alentaron el pronunciamiento del general Rojas Pinilla, que, tras expulsar a Gómez del poder, articuló una nueva polí-

tica de «pacificación», en virtud de la cual unos 35.000 hombres depusieron las armas a cambio de que se les garantizara trabajar la tierra en paz. Sin embargo, en la práctica, tales «garantías» se esfumaron al poco tiempo, ante los renovados atropellos de una policía y un ejército fieles a los mandatos de los terratenientes. Estas circunstancias determinaron el recrudecimiento de la guerrilla.

Haciendo el balance de los años de violencia precedentes, el sacerdote Camilo Torres, que se convertiría él mismo en líder guerrillero pocos meses después, escribe en 1965: «Cuando todos los canales de ascenso social parecían cerrados para el campesinado y la estructura opresora de la sociedad colombiana permanecía inmovible, las guerrillas vinieron a abrir, bien o mal, nuevos canales de ascenso... Las guerrillas crearon un poder nuevo, paralelo al poder estatal conservador-liberal, a través del cual, por métodos buenos o malos, pero impuestos por la sociedad y por la incapacidad de las clases dominantes para aceptar cambios, ascendieron grandes masas campesinas en su seguridad en sí mismas, en sus propias fuerzas, en su sentimiento de dignidad humana y en su capacidad de decisión y de autogobierno... Por eso he dicho en otra ocasión que lo que se llama la 'violencia' constituye el cambio socio-político más importante y profundo en la vida de Colombia desde la independencia hasta hoy» (26).

Camilo Torres se incorporó a la guerrilla el 18 de octubre de 1965 y fue abatido por tropas del Ejército regular el 15 de febrero de 1966. Su sacrificio, como el de Gaitán, indica la

dirección de una tarea por realizar, en un país que todavía no ha resuelto su problema histórico fundamental: el de la propiedad de la tierra, que

es, también, el de la vida, como aparece trágicamente ejemplificado en los últimos treinta años de la historia colombiana.



Camilo Torres retomó las tareas señaladas por Gaitán y las llevó al plano de la lucha armada, en un país aún hoy predominantemente campesino. Fue abatido por el Ejército regular en 1966, tras haberse incorporado pocos meses antes al Ejército de Liberación Nacional.

(26) Cfr. Garcés, *op. cit.*, pág. 161.